

diese la batalla de Farsalia, porque Bruto y Casia hallaron un negro.

—Dije — repuso Ursus, — que esto era también porque César era mejor capitán.

El juez pasó sin transición de la historia á la mitología.

—Habéis excusado las infamias de Acteon.

—Porque creo — respondió Ursus, — que el hombre no se deshonra por ver á una mujer desnuda.

—Pues os equivocáis — replicó el juez con severidad.

Radamanto volvió á la historia.

—A propósito de los accidentes ocurridos á la caballería de Mitridates, habéis rehusado reconocer las virtudes de las hierbas y de las plantas. Dijisteis que la securiduca no puede hacer caer las herraduras.

—Dispensadme — insinuó Ursus; — dije que eso sólo era posible para la hierba serra-caballo. No niego la virtud de ninguna hierba... ni la de ninguna mujer — añadió en voz más baja.

Por esta salida de la cuestión, que añadió á la respuesta, se probó Ursus á sí mismo que, si bien tenía inquietud, no estaba desarmado.

Ursus era un compuesto de terror y de presencia de espíritu.

—Insisto — repuso Radamanto. — Habéis declarado que fué una simpleza de Escipión (cuando quiso abrir las puertas de Cartago) el coger como una llave la hierba etropis, porque dicha hierba no tiene la propiedad de romper las cerraduras.

—Dije, simplemente, que hubiera hecho mejor en servirse de la hierba lunaria.

—Eso sólo es una opinión — repuso Radamanto, herido también á su vez, y se calló.

Minos, sereno ya, preguntó otra vez á Ursus. Había tenido tiempo para consultar el cuaderno de sus notas.

—Habéis clasificado el oropimente entre los productos arsenicales, declarando que se podía envenenar con el oropimente, y la Biblia lo niega.

—La Biblia lo niega, pero el arsénico lo afirma — replicó Ursus.

El personaje en quien Ursus veía á Eaque, que era el doctor en medicina, y que no había hablado todavía, intervino, y, con

los ojos medio cerrados y apoyando á Ursus, dijo:

—La respuesta no es inepta.

Ursus le dió las gracias con su más humilde sonrisa. Minos hizo una mueca de desagrado.

—Continúo — repuso éste; — respondedme. Asegurasteis que era falso que el basilisco sea el rey de las serpientes y conocido con el nombre de cocratrix.

—Reverendo señor — respondió Ursus, — no habré tratado de rebajar al basilisco, cuando dije que tenía cabeza de hombre.

—Así será — replicó con severidad Minos, — pero añadisteis que Socrius vió uno que tenía la cabeza de halcón. ¿Podéis probarlo?

—Difícilmente — dijo Ursus, que perdió terreno con esta contestación.

Minos, observando su ventaja, continuó: — Declarasteis que el judío que se hace cristiano es porque no se encuentra bien.

—Sí; pero agregué que el cristiano que se hace judío es porque se encuentra mal.

Minos volvió á repasar el cuaderno denunciador. Tras una pausa prosiguió el interrogatorio:

—Afirmáis y propagáis cosas inverosímiles. Dijisteis que Elieno vió que un elefante escribía sentencias.

—Eso no, reverendo señor; dije simplemente que Oppiano oyó á un hipotótamo discutir un problema filosófico.

—Habéis declarado que no es verdad que un plato de madera de haya se llene á sí mismo de todos los manjares que se pueden desear.

—Dije que para que posea esa virtud era necesario que fuese dado por el diablo.

—Esto denota — repuso Minos, — que tenéis cierta fe en el diablo.

—Reverendo doctor, no lo niego; creo en el diablo. La fe en el diablo es el reverso de la fe en Dios, y la una aprueba la otra. El que no cree algo en el diablo, no puede creer mucho en Dios; el que cree en el sol, debe creer en la sombra. El diablo es la noche de Dios; y ¿qué es la noche? la prueba del día.

Ursus, como se ve, improvisaba combinaciones insondables de filosofía y de religión. Minos quedó pensativo y volvió á quedar silencioso. Ursus respiró otra vez.

De repente, Eaque, el delegado de medi-

cina, que acababa de defender desdeñosamente á Ursus del ataque del doctor en teología, se hizo de improviso auxiliar de éste, atacando bruscamente al saltimbanqui. Puso la mano cerrada sobre su cuaderno, que era grueso y estaba plagado de notas, y dijo:

—Está probado que el cristal se halla en el hielo sublimado y el diamante en el cristal sublimado; se ha averiguado que el hielo se transforma en mil años en cristal y que el cristal se convierte en diamante en mil siglos. Vos lo habéis negado.

—No lo he negado — replicó melancólicamente Ursus; — sólo dije que en mil años el hielo tenía mucho tiempo para fundirse, y que mil siglos son bastante difíciles de contar.

—Negáis que las plantas puedan hablar.

—De ningún modo, pero es necesario para eso que estén debajo de una horca.

—¿Confesáis que la mandrágora grita?

—No, pero canta.

—Dijisteis que el cuarto dedo de la mano izquierda carece de virtudes cordiales.

—Sólo dije que estornudar á la izquierda era signo desgraciado.

—Habéis hablado temeraria é injuriosamente del fénix.

—Ilustre doctor, únicamente dije que, al asegurar que el cerebro del fénix era un bocado exquisito, pero que producía mal de cabeza, Plutarco iba más lejos de lo que debía, supuesto que el fénix no ha existido nunca.

—Ese es un error. En la antigüedad se le equivocó con otras aves, pero hoy se le conoce bien: hoy existe.

—No me opongo.

—Confesasteis que el saúco curaba la esguimancia, pero agregando que eso no era por tener en sus raíces una excrecencia encantada.

—Dije que era porque Judas se ahorcó en un saúco.

—Opinión plausible — murmuró el teólogo Minos, satisfecho por devolver el alfilerazo al médico Eaque.

La arrogancia, pisada, se encoleriza con rapidez. Eaque se encarnizó.

—Hombre nómada, vuestro espíritu vaga errante como vuestros pies. Manifestáis tendencias sospechosas y sorprendentes, andáis muy cerca de la hechicería, tenéis

relaciones con animales desconocidos. Habláis al populacho de objetos que existen para vos solo, que son de naturaleza ignorada, como por ejemplo, del hemorrhous.

—El hemorrhous es una víbora que vió Tremellius.

Esta contestación produjo confusión en la ciencia irritada del doctor Eaque.

Ursus prosiguió:

—El hemorrhous es tan verdadero como la hiena odorífera y como la cebolla silvestre descrita por Castellus.

—He aquí vuestras palabras textuales y diabólicas. Oídlas.

Eaque, con la mirada fija en el cuaderno, leyó lo siguiente:

«Dos plantas, la thalagssigle y la agla-xfotis son luminosas en la obscuridad; flores durante el día y estrellas durante la noche.»

Mirando fijamente á Ursus, le preguntó:

—¿Qué decís de esto?

—Que cada planta es una lámpara y cada perfume es una luz.

—Habéis negado que las vejiguillas de la nutria fuesen iguales á las del castor.

—Me concreté á decir que se debe desconfiar de Aetius en este punto.

Eaque se puso furioso.

—¿Ejercitáis la medicina?

—Me ejercito en la medicina — respondió tímidamente Ursus.

Ursus hablaba con firmeza, pero con entonación suave.

—Pues os advierto que si el enfermo que asistáis se muere, seréis condenado á muerte.

—¿Y si se cura? — se atrevió á interrogar Ursus.

—En ese caso — contestó el doctor, dulcificando la voz, — os aguarda también la muerte.

—Eso es muy poco variado — repuso Ursus.

—Si el enfermo muere, se castiga la ignorancia del médico, y si cura, se castiga vuestra intrusión. Se os condena á la horca en ambos casos.

—Ignoraba ese detalle y os doy las gracias por habérmelo indicado. No es fácil conocer todas las bellezas de la legislación.

—Conque estad alerta.

—Estaré alerta, señor doctor.

—Sabemos todo cuanto hacéis.

—Yo no lo sé siempre—pensó para sí Ursus.

—Podríamos encerraros en una prisión.

—Lo voy comprendiendo.

—No podéis negar vuestras contravenciones ni vuestras usurpaciones.

—Mi filosofía os pide perdón.

—Se os atribuyen osadías.

—Se engañan.

—Dicen que curáis enfermos.

—Soy víctima de la calumnia.

Los doctores aproximaron sus rostros sabios y cuchichearon. El consejo íntimo y competente de aquella trinidad duró algunos minutos, durante los cuales, Ursus sintió todos los fríos y los calores de la agonía: por último, Minos volvió la cabeza hacia él y le dijo con voz áspera y severa:

—¡Marchaos!

Ursus experimentó algo de lo que debió sentir Jonás al salir del vientre de la ballena.

Minos prosiguió diciéndole:

—Os dejamos en libertad.

Ursus decía a sí mismo:

—Si me vuelven a coger, ¡adiós a la medicina!... De hoy en adelante dejaré que revienten los enfermos.

Saludó profundamente a los doctores, a los retratos, a la mesa y a las paredes, dirigióse de espaldas hacia la puerta y desapareció casi como una sombra que se disipa.

Salió con lentitud de la sala, como inocente, y de la calle con rapidez, como culpado. La aproximación a las gentes de justicia es tan singular y tan temible, que hasta cuando nos absuelven deseamos evadirnos de ellas.

Ursus, huyendo, murmuraba:

—¡De buena he escapado! Soy sabio salvaje y ellos son sabios domésticos. Los doctores trastean a los doctos. La ciencia apócrifa es el excremento de la verdadera y se emplea para perder a los filósofos. Los filósofos, al producir los sofistas, producen su propia desgracia. Del estiércol del tordo nace el muérdago, con el que se hace la liga que después aprisiona al tordo. *Turdus sibi malum cacat.*

Ursus era poco delicado en materia de gusto literario, y tenía el atrevimiento de utilizar las palabras que mejor expresaban

sus ideas. No tenía mejor gusto que Voltaire.

Cuando Ursus regresó a la Green-Box, refirió a maese Nicless que tardó por haberse empeñado en seguir a una mujer hermosa, y no le habló de su aventura.

Por la noche solamente dijo a Homo en voz baja:

—Es necesario que sepas que he vencido las tres cabezas del Cancerbero.

VII

¿QUÉ MOTIVOS PUDO TENER UN CUADRUPLE (1) PARA CONFUNDIRSE CON MISERABLES LIARDS?

En la posada de Tadcaster cada día aumentaba la alegría, la risa y la algazara. El hostelero y su muchacho apenas bastaban para servir el *ale*, el *stout* y el *porter*. Por la noche estaba enteramente llena la sala baja y no había desocupada ni una mesa. La multitud bebía, cantaba y alborotaba.

En el teatro, esto es, en el corral, la muchedumbre aún era más numerosa.

Todo el público que podía dar el arrabal acudía tan precipitado a asistir a las representaciones del *Caos vencido*, que en cuanto comenzaba la función era imposible ya encontrar un solo sitio. Las ventanas rebosaban espectadores y el largo y ancho balcón se hallaba invadido. No se podía ver ni una sola de las piedras del patio; ¡tan apretada estaba la gente!

Sólo quedaba vacía la localidad destinada para la nobleza. Pero una noche se ocupó: era un sábado, día en que las gentes se esfuerzan en divertirse, sabiendo que se tienen que fastidiar el domingo. La sala estaba llena de un extremo al otro; decimos *sala*, porque Shakespeare, que durante mu-

(1) Moneda de oro equivalente a cuatro doblones.

cho tiempo tuvo por teatro el corral de una posada, la llamaba también sala, *hall*.

En el instante de descorrerse el telón para empezar el prólogo del *Caos vencido*, y estando en escena Ursus, Homo y Gwynplaine, el primero echó, como de costumbre, una ojeada a los espectadores y tuvo una sorpresa. Estaba ocupada la localidad destinada a la nobleza: había en medio del palco una mujer sentada en un sillón de terciopelo de Utrech; estaba sola y casi lo llenaba.

Hay seres que irradian cierta claridad; esta mujer, como Dea, pertenecía a ese número, pero irradiaba claridad diferente. Dea era pálida y esta mujer sonrosada; aquella en el alba, ésta la aurora. Dea era linda, esta mujer era hermosa, Dea era la inocencia, el candor, la blancura, el alabastro; aquella mujer era la púrpura y no podía ruborizarse. Su irradiación desbordaba del palco, y ella se hallaba sentada en el centro, inmóvil y con no sé qué plenitud de ídolo.

En medio de la sórdida muchedumbre tenía la brillantez del carbunclo, inundando al público con tanta luz, que quedaba oscurecido, y todo él sufría su eclipse. Su esplendor todo lo oscurecía.

Todos los ojos se dirigían hacia ella. Tom-Jim-Jack estaba confundido entre la multitud, y desaparecía como los demás eclipsado por el nimbo de aquella mujer radiante de esplendor.

La desconocida absorbió, desde su aparición, la atención del público, haciendo competencia al espectáculo y perjudicando, en parte, a los primeros efectos del *Caos vencido*. Aquella visión, para los que se hallaban cerca de ella, era una realidad. Era una mujer, quizás demasiado mujer. Alta y robusta y exhibiéndose magníficamente lo más desnuda que podía. Llevaba grandes pendientes de perlas entremezcladas con piedras preciosas. Su traje era de muselina de Siam, bordada de oro, que constituía el gran lujo de aquel tiempo, porque esos vestidos valían entonces seiscientos escudos. Largo broche de diamantes cerraba su camisa, que se veía por debajo de la garganta; moda lasciva de aquella época, camisa de tela de Frise, que era tan fina, que podía pasar a través de una sortija. Esta mujer llevaba como una coraza de rubies y de otras

piedras preciosas, cosidas por todas partes a su corpiño. Además, ostentaba las dos cejas pintadas con tinta china, y los brazos, los codos, los hombros, la barba, las ventanas de la nariz, las palmas de las manos y la extremidad de los dedos con afeites, extendiendo sobre su figura algo rojo y provocativo y la implacable voluntad de ser hermosa. Era la pantera que podía volverse gata y acariciar. Uno de sus ojos era azul y otro negro.

Gwynplaine y Ursus contemplaban aquella mujer.

La Green-Box ofrecía un espectáculo fantasmagórico; *El caos vencido* más se asemejaba a un sueño que a una comedia, y sus actores estaban habituados a hacer en el público el efecto de una visión; pero aquella noche el efecto de la visión lo recibían ellos; la sala devolvía al teatro la sorpresa y les llegaba el turno de la fascinación.

Aquella mujer les miraba y ellos la contemplaban; la distancia que les separaba de ella y la bruma luminosa que produce la penumbra teatral, les borraba los detalles y les hacía el efecto de una alucinación. Era para ellos una mujer, indudablemente; pero ¿no sería también una quimera? La entrada de tanta luz en su obscuridad les asombraba; era para ellos la llegada de un planeta ignorado que venía del mundo de los dichosos. La irradiación amplificaba la figura de aquella mujer, que brillaba con los centelleos nocturnos de una vía láctea; sus piedras preciosas parecían estrellas; el broche de diamantes era, tal vez una pléyade. El modelado espléndido de su seno era sobrenatural. Al fijarse en aquella criatura astral, conocíase que se aproximaba momentáneamente hacia allí desde las regiones de la felicidad; desde las profundidades del paraíso se inclinaba hacia la infeliz Green-Box y hacia su miserable público, aquel semblante de inexorable serenidad. Curiosidad suprema que desea satisfacerse y que a la par sirve de pasto a la curiosidad popular. Lo de arriba consintiendo en que le mire lo de debajo.

Ursus, Gwynplaine, Vinos, Fibi y la multitud experimentaron la sacudida del deslumbramiento, todos, a excepción de Dea, que no podía deslumbrarse.

La presencia de aquella mujer era una aparición, pero que no participaba de ninguna de las ideas que generalmente despierta ese nombre; no había en ella nada diáfano, indeciso y flotante, nada vaporoso; era una aparición rosada y fresca, pero que aparecía visión en las condiciones ópticas en que se hallaban colocados Gwynplaine y Ursus.

Detrás de aquella mujer, y en la penumbra, veíase un hombre infantil, blanco, hermoso y serio; era su *groom*, que era moda en aquella época que fuese muy joven y muy grave. Vestía de terciopelo de color de fuego y llevaba sobre el casquete, galoneado de oro, un ramillete de plumas de tisserin (1), señal de alta domesticidad y que denota ser criado de nobilísima dama.

El lacayo es parte integrante del señor, y es fácil de comprender que aquél era el paje de cola de aquella señora. Este *groom* se mantenía casi oculto y sin llamar la atención, porque esto indicaría falta de respeto; estaba de pie y pasivo en el fondo del palco, y tan atrás como la puerta cerrada se lo permitía; pero la dama puede decirse que se hallaba sola en la localidad, porque un criado no debe contarse.

Aunque era poderosa la distracción que causó la desconocida, el desenlace del *Caos vencido* fué más poderoso todavía, y la impresión que produjo fué irresistible, como siempre. Quizás hubo en la sala aumento de electricidad, dimanada de la radiante espectadora, porque ciertas veces el concurrente aumenta el espectáculo. La risa contagiosa que causó Gwynplaine fué más tumultuosa que otras veces, y la concurrencia se vió acometida por indescriptible epilepsia de hilaridad; entre el público sobresalía la risa sonora y magistral de Tom-Jim-Jak.

Unicamente la desconocida, que contemplaba el espectáculo con inmovilidad de estatua y con ojos de fantasma, no rió.

Después que concluyó la representación volvió á reinar la intimidad en la Green-Box. Ursus abrió y vació sobre la mesa el cenar el saco de la colecta y salió de él un montón de liards, entre los que se

(1) Pájaro que se encuentra en el Africa y en las Indias.

vió brillar de súbito una onza de oro española.

—¡Esta moneda es de aquella dama!— exclamó Ursus.—Ha dado un cuádruple por el palco—añadió entusiasmado.

En este instante, el posadero entró en la Green-Box, pasó el brazo por la ventana que aquella tenía por la parte de atrás, abriendo la de la pared adonde estaba arrimada la Green-Box, que daba á la plaza y tenía la misma altura que la del coche ambulante, é indicó á Ursus que mirase al exterior.

Una carroza empenachada, con lujosos arreos y con lacayos que llevaban antorchas, se alejaba al trote largo.

Ursus mostró el cuádruple á maese Nicless, y le dijo: —¡Es una diosa!

Después se fijó en la carroza, que doblaba una esquina de la plaza, y vió que sobre el imperial las antorchas de los criados alumbraban una corona de oro con ocho florones.

—¡Es una Duquesa!—exclamó.

La carroza desapareció.

Ursus se quedó algunos momentos mirando la moneda de oro, después la dejó sobre la mesa y se puso á preguntar al hostelero sobre la desconocida. Era una Duquesa, pero no sabían de qué título. Lo único que pudo decirle maese Nicless es que había visto de cerca la carroza blasonada y los lacayos galoneados. Por la peluca, el cochero podría serlo de un lord-canciller. El *groom* era tan pequeño, que estaba de pie sobre el estribo de la carroza fuera de la portezuela, de esos que eran portadores de la cola de las grandes damas y de sus mensajes; además llevaba el ramillete de plumas de tisserin, que al que lo usa sin derecho, le cuesta pagar una multa. Maese Nicless había contemplado de cerca á esa gran señora. Era una especie de reina y gran riqueza realizaba su belleza. Maese Nicless refería la magnificencia de su blanca carne con venas azules, lo pintado de su cuello, brazos y hombros, sus pendientes de perlas, el adorno de su peinado matizado con polvos de oro, y la infinidad de piedras preciosas, de rubíes y de diamantes que le adornaban.

—Menos brillantes que sus ojos—murmuraba Ursus.

Gwynplaine callaba. Dea escuchaba.

—¿Sabéis qué es lo más asombroso?—interrogó el tabernero.

—¿Qué?

—Que yo le vi subir á la carroza.

—¿Y qué?

—Y no subió sola. Adivinad quién subió con ella.

—¿El Rey?—preguntó Ursus.

—Ya sabéis que actualmente no hay Rey en Inglaterra. Adivinad quién era.

—¿Júpiter?

—Tom-Jim-Jack—contestó el posadero.

Gwynplaine, que hasta entonces no había dicho ni una palabra, rompió el silencio exclamando:

—¡Tom-Jim-Jack!...

Hubo entonces una pausa, producida por el asombro, durante la que pudo oírse decir en voz queda á Dea:

—¿No se podría impedir que volviese esa mujer?

el pensamiento, que así se envenena. La imaginación atrae, engaña con esperanzas falsas, se apodera de nosotros y después nos hace sus cómplices, obligándonos á aceptar por mitad las trampas que hace á la conciencia. Primero nos fascina y luego nos corrompe. Se puede decir de la imaginación lo que se dice del juego: se comienza en él por ser víctima y se termina por ser bellaco.

Gwynplaine soñaba. Nunca hasta entonces había visto á la mujer: sólo conocía la sombra de las mujeres del pueblo y el alma de Dea: acababa de percibir la realidad: la piel tibia y viviente, bajo la que se siente circular la sangre apasionada; contornos, trazados con la presión del mármol y la ondulación de las olas; la fisonomía altiva é impasible, en la que se confunden la repulsión con la atracción y se resumen en resplandecimiento; cabellos coloreados como un reflejo de incendio; elegancia y riqueza de adornos, que causan los calofríos de la voluptuosidad; insinuada desnudez, haciendo traición al deseo desdenoso de ser poseída desde larga distancia por la muchedumbre; coquetería inexpugnable; lo impenetrable seduciendo; la tentación, espoleada por la perdicción entrevista; la promesa para los sentidos y la amenaza para el espíritu; la doble ansiedad que causan el deseo y el temor. Gwynplaine acababa de ver todo lo referido, porque veía una mujer, ó mejor dicho, veía más y menos que una mujer; veía una hembra, y á la vez un ser olímpico: la hembra de un dios.

Acababa de aparecérsele el misterio del sexo. ¿Dónde? En lo inaccesible, á enorme distancia.

En su destino irónico, esa cosa celeste, el alma, la poesía, se concentraba en Dea; pero esa cosa terrestre, el sexo, lo veía en lo más profundo del cielo, y era para él, aquella mujer, una Duquesa.

¡Imposible escarpadura! Hasta la imaginación retrocede ante tal escalamiento. ¿Iba á cometer la locura de soñar en esa desconocida? Forcejeaba contra esto consigo mismo.

Se acordaba de cuanto Ursus le había referido acerca de esas altas existencias, casi reales; las divagaciones del filósofo, que le parecieron inútiles, las hallaba ahora como puntos de apoyo para sus meditaciones; frecuentemente sólo tenemos en la memoria una delgada capa de olvido, la

VIII

SÍNTOMAS DE ENVENENAMIENTO

La aparición no volvió. No volvió á la sala, pero reapareció en el espíritu de Gwynplaine, que quedó turbado. Le pareció que acababa de ver á una mujer por la primera vez en su vida.

Tuvo la semicalda del que sueña extrañamente. Es menester precaverse de que se nos imponga la imaginación. La imaginación posee el misterio y la sutilidad del aroma, y es al pensamiento lo que el perfume es á la vara de San José; es, muchas veces, la dilatación de una idea venenosa, y penetra como el humo. Los desvaríos envenenan como las flores y nos arrastran á un suicidio embriagador, exquisito y siniestro.

El suicidio del alma estriba en extraviar

que, cuando la ocasión se presenta, deja ver de improviso todo lo que hay debajo de ella; y se le aparecía el mundo augusto de la señorita, en el que vivía aquella mujer, inexorablemente sobrepuesto al mundo ínfimo del pueblo, que era el suyo. Pero, ¿pertenece él á ese pueblo? ¿No se encontraba él, infeliz saltimbanqui, más bajo todavía que el mismo pueblo? Por primera vez, después que tenía reflexión oprímiale el considerar la bajeza de su posición. Las descripciones y las enumeraciones de Ursus, sus inventarios líricos, los ditirambos que dirigía á los castillos, á los parques, á los saltos de agua y á la concentración del poder y de la riqueza, revivían en el pensamiento de Gwynplaine con el relieve de una verdad fabulosa. Que el hombre pudiese ser lord le parecía quimérico, y, no obstante, existía esa realidad. Para él vivían esos lores, pero dudaba de que fuesen de carne y huesos como los demás hombres. Se creía en la obscuridad, rodeado de pared, y vislumbraba en lontananza suprema, encima de su cabeza, como por la abertura de un pozo en cuyo fondo estuviese sumido, el deslumbrador conjunto de azul, de semblantes y de rayos de Olimpo, y en el centro de esa gloria, resplandeciendo, la Duquesa.

Experimentaba por esa mujer necesidad extraña, que complicaba lo imposible, y este contrasentido doloroso retornaba á superar á su espíritu y divisaba cerca de él, al alcance de la mano, en la realidad íntima y tangible, el alma, y en lo intangible, en el fondo del ideal, la carne.

No percibía con precisión ninguno de los pensamientos indicados; llegaban á él envueltos en la niebla, cambiaban á cada momento de contorno y flotaban en profunda obscuridad. Por otra parte, á pesar de la tenacidad de esta idea, no desfloró ni un instante su espíritu, ni aventuró, aun en sus desvaríos, una sola ascensión hasta la Duquesa. El estremecimiento que experimentan esas escalas, en cuanto se pone el pie en ellas, se transmite muchas veces al cerebro y para siempre, y al creer ascender al Olimpo se va á Bedlam. Si hubiese tomado en él la forma concreta esta concupiscencia, le hubiera terrorificado; pero no la tomó.

¿Volvería á ver acaso á aquella mujer?

Probablemente no. Su demencia no llegaba al punto de enamorarse de una claridad que atraviesa el horizonte. Enamorarse de una estrella se comprende, porque se la ve todas las noches, reaparece, está fija; ¿pero quién puede apasionarse de un relámpago?

Sentía un vaivén en la imaginación. El idolo en el fondo del palco, elegante y majestuoso, se dibujaba radiante en la difusión de sus ideas y después se borraba. Aparecía y desaparecía frecuentemente, pero nada más. Esto le impidió dormir muchas noches. En el insomnio soñamos como cuando dormimos.

Es casi imposible marcar los límites exactos, las evoluciones abstractas que obran en el cerebro. Las palabras ofrecen el inconveniente de tener más contorno que las ideas; las ideas se mezclan por los bordes, las palabras no. Se les escapa siempre cierta parte difusa del alma. La expresión posee sus fronteras, pero el pensamiento carece de ellas.

Tal es la sombría inmensidad interior, que lo que acontecía á Gwynplaine tocaba apenas en su pensamiento á Dea. Dea era como sagrada en el centro de su espíritu y nada podía acercarse hasta allí; sin embargo, estas contradicciones forman el alma humana, y en ella sostenía Gwynplaine un conflicto. ¿Tenía conciencia de él? De un modo vago. Sentía en su fuero interior, en el sitio de las hendiduras posibles, un choque de veleidades; para Ursus hubiera sido claro este choque; para Gwynplaine no lo era. Dos instintos, el del ideal y el del sexo, luchaban en él. Hay luchas semejantes entre el ángel bueno y el ángel malo sobre el puente del abismo.

Al fin cayó precipitado el ángel malo. De improviso, un día, Gwynplaine ya no pensó en la mujer desconocida. El combate entre los dos principios, el duelo entre su parte terrestre y su parte celeste, se efectuó en lo más obscuro de su ser, y en tales profundidades, que sólo se percató confusamente de esa lucha.

El no cesó un momento de adorar á Dea, á pesar del desorden de su cerebro y de la fiebre de su sangre, pero aquél y ésta desaparecieron y sólo permaneció Dea. Se hubiera asombrado Gwynplaine si le hubiesen dicho que Dea estuvo un momento en peligro. En pocos días el fantasma que ante-

nazaba sus almas se disipó. Sólo le quedó á Gwynplaine el corazón, que era una hoguera, y el amor, que era una llama.

La Duquesa no volvió á presenciar las representaciones de la Green-Box, lo que Ursus halló natural. La dama que da una onza es un fenómeno. Entra, paga y se desvanece. Sería gran dicha que volviese.

Dea no hizo ni una sola alusión á la dama de paso. Seguramente estaba enterada por oír lo que decía Ursus y por las exclamaciones significativas que oía aquí y allá y que decían que no se pueden recibir todos los días onzas de oro. Por instinto profundo Dea no volvió á hablar de la Duquesa. El alma toma estas precauciones obscuras cuyo secreto no siempre se conoce. No ocuparse de alguno parece que es alejarle; al hablar de él, parece que se le llama; llamamos de igual modo que cerramos una puerta.

Este incidente se olvidó pronto. ¿Acaso era algo? ¿Pudo decirse que existió? ¿Había flotado una sombra entre Gwynplaine y Dea? Dea no lo sabía y Gwynplaine tampoco. No fué nada. La misma Duquesa desapareció en la perspectiva lejana como una ilusión. Únicamente fué un minuto de sueño que atravesó Gwynplaine y que salió de él. La disipación de un desvarío, como la disipación de la bruma, no deja huella, y cuando pasa la nube, el amor no decrece en el corazón, como el sol no disminuye en el cielo.

IX

ABYSSUS ABYSSUM VOCAT

Tom - Jim - Jack desapareció también. Bruscamente dejó de asistir á las representaciones de la posada de Tadcaster.

Las personas habituadas á ver las dos

pendientes de la vida elegante de los grandes señores, pudieron notar por entonces que la *Gaceta de la Semana*, entre dos extractos de registros parroquiales, comunicaba «la salida de lord David Dirty-Moir, »por orden de su majestad, para ir á tomar en la escuadra blanca, que navegaba »por las costas de Holanda, el mando de »su fragata».

Ursus advirtió que Tom-Jim-Jack no volvía ya, y esto le preocupó. Tom-Jim-Jack no se presentó en la posada desde la noche en que marchó en la carroza de la dama desconocida. ¡Era un enigma ese marinero que robaba Duquesas! Este hecho se prestaba á muchas reflexiones. Por eso Ursus no dijo nada. Ursus, que tenía experiencia, sabía los escozores que causan las curiosidades temerarias. La curiosidad debe guardar cierta proporción con el curioso. El que escucha, arriesga la oreja, y el que acecha, el ojo; lo más prudente es no ver ni oír nada. Tom-Jim-Jack subió á la carroza blasonada; el hostelero lo vió. Un marinero que se sienta en un vehículo al lado de una lady, ofrece las apariencias de un prodigio que hacía circunspecto á Ursus. Los caprichos de la vida de los grandes deben ser sagrados para los pequeños. Esos reptiles, que se llaman pobres, lo mejor que pueden hacer es meterse en su agujero cuando ven algún suceso extraordinario. Estar escondidos les da fuerza. Cerrad los ojos, si no tenéis la suerte de ser ciegos; tapaos los oídos, si no tenéis la fortuna de ser sordos; paralizad la lengua, si no gozáis de la perfección de ser mudos. Los grandes son lo que desean y los pequeños lo que pueden; dejemos que pase lo desconocido. No importunemos á la mitología, no enfademos á las apariencias; rindamos respeto profundo á los simulacros. No dirijamos nuestros chismes á las disminuciones y á los aumentos que se operan en las regiones superiores por motivos que desconocemos. La mayor parte de las veces son, para nosotros los miserables, ilusiones ópticas. Las metamorfosis son asuntos de los dioses; las transformaciones y las disgregaciones de los altos personajes eventuales, que flotan sobre nosotros, son nubes imposibles de comprender y peligrosas de estudiar. Prestar excesiva atención, impaciente á los olímpicos en sus evoluciones de diversión y de capricho, y si os arrojan el rayo, podría enseñarnos que es Júpiter el toro que exa-

minamos con impertinente curiosidad. Mirarlos con indiferencia es ser inteligentes. No os mováis, que esto es saludable; hacedos los muertos y no os matarán. Tal es la sabiduría del insecto, que Ursus practicaba.

El posadero, que extrañaba también la desaparición del marinero, interrogó un día á Ursus.

—¿Sabéis que ya no viene Tom-Jim-Jack?

—¡Vaya! También me ha chocado.

Maese Nicless le hizo, en voz baja, una reflexión, indudablemente acerca de la promiscuidad de la carroza ducal con Tom-Jim-Jack, observación probablemente irreverente y peligrosa, que Ursus tuvo cuidado de no escuchar. Este, sin embargo, era demasiado artista para no echar de menos á Tom-Jim-Jack. Experimentó verdadero desagrado y comunicó esta impresión á Homo, único confidente de cuya discreción estaba seguro. Así dijo al oído del lobo:

—Desde que no viene Tom-Jim-Jack, siento un vacío como hombre y frío como poeta.

Esta confianza que hizo á su amigo le tranquilizó. Gwynplaine no se ocupaba de Tom-Jim-Jack, absorto en pensar en Dea y olvidado ya de la fascinación momentánea que le causó la dama incógnita.

Ya no se hablaba de cábalas, ni de quejas contra *El hombre que ríe*; parecía que los odios contra él se habían extinguido y reinaba la paz en la Green-Box y á sus alrededores, y obtenía éxitos que ya no amargaban las amenazas. El destino ofrece á veces serenidades súbitas. La felicidad espléndida de Gwynplaine y de Dea brillaba sin una sombra; había llegado al punto en que ya no puede aumentar; estaba en su apogeo. La dicha, como el mar, llega á su plenitud, pero lo que debe inquietar á los que son muy felices, es que el mar vuelva á descender.

Hay dos modos de ser inaccesible: ó por estar muy altos, ó por estar muy bajos; tal vez se desea tanto lo segundo como lo primero: con más seguridad que el águila escapa de la flecha, el infusorio evita ser aplastado; la seguridad de su pequeñez, si alguien la consigue en la tierra, la habían logrado Gwynplaine y Dea, pero nun-

ca tan completa como ahora. Vivían el uno en el otro extáticamente. El corazón se satura de amor, como con una sal divina que le conserva, y por eso existe la unión incorruptible de los que se aman desde el alba de la vida y la frescura que tienen los amores antiguos y prolongados. El embalsamamiento del amor existe. De Dafne y Cloe se han formado Filemón y Baucis. Esta vejez, esta noche semejante á la aurora, estaba reservada á Gwynplaine y á Dea, y siendo jóvenes la aguardaban.

Ursus observaba estos amores como el médico visita la clínica; además, tenía lo que en aquel tiempo se llamaba la «mirada hipocrática». Fijaba en Dea, frágil y pálida, la pupila perspicaz y murmuraba: —¡Es una fortuna que ella sea dichosa!— Otras veces decía: —Es dichosa para la salud de que disfruta.

Movía la cabeza y leía atentamente á *Avicena*, traducido por Vopiscus, Fortunatus, á Louvain, y un libro viejo que poseía, en el tratado de las «turbaciones cardíacas».

Dea se fatigaba fácilmente y tenía sudores y modorras, y dormía, como ya hemos dicho, durante el día. En una ocasión en que se quedó dormida sobre la piel de oso, y que Gwynplaine no estaba en su presencia, Ursus se inclinó silenciosamente y aplicó el oído al pecho de Dea al lado del corazón. Escuchó algunos instantes, y después, irguiéndose, murmuró: —Es necesario evitarle una sacudida. La hendidura crecerá con rapidez.

La multitud seguía afluyendo á las representaciones del *Caos vencido*. Parecía inagotable el éxito que causaba *El hombre que ríe*. Acudía ya, no solamente el arrabal, sino gran gentío de Londres. Empezaba á mezclarse en la posada el público de todas clases: ya no eran sólo marineros y pobres, según decía maese Nicless, conector de la canalla: formaban parte del populacho gentileshombres y baronets, disfrazados de gente del pueblo. El disfraz es una de las felicidades del orgullo, y á la sazón era gran moda usarlo. La aristocracia mezclada con la plebe, era indicio que indicaba que la extensión del éxito iba cundiendo en Londres.

La gloria de Gwynplaine había entrado, indudablemente, en el gran público. Esto

era en realidad, porque en Londres todo el mundo se ocupaba de *El hombre que ríe*; hablaban de él hasta en los clubs de los lores.

En la Green-Box lo sabían y se sentían dichosos. La embriaguez de Dea consistía en tocar todas las noches la frente encrespada y salvaje de Gwynplaine. En el amor hay también costumbres y toda la vida se concentra en ellas. La reaparición del astro es una costumbre del Universo; la creación es la enamorada y el sol es su adorador. La luz es una cariátide deslumbradora que contiene el mundo. Todos los días, durante un minuto sublime, la tierra, cubierta por la noche, se apoya sobre el sol que se levanta. La ciega Dea sentía entrar el calor y la esperanza en ella en el instante en que posaba la mano sobre la cabeza de Gwynplaine. Dos seres que se adoran en la obscuridad y que se aman en la plenitud del silencio, pasarían así una eternidad.

Una noche, experimentando Gwynplaine el exceso de felicidad que, semejante á la embriaguez que producen los perfumes, causa una especie de divino mal-estar, paseaba, como acostumbraba después de concluirse el espectáculo, por el campo de la feria, á la distancia de cien pasos de la Green-Box. Era para él una de esas horas de dilatación, en las que nos descartamos de la plenitud del corazón. La noche era oscura y transparente y las estrellas brillaban. El campo de la feria se hallaba desierto, y reinaban el sueño y el olvido en los barracones esparcidos en torno del Tarrinzean-field.

Sólo se veía brillar una luz, la de la linterna de la posada de Tadcaster.

La media noche acababa de sonar en las cinco parroquias del arrabal, con las intermitencias y diferencia de voz de un campanario á otro.

Gwynplaine pensaba en Dea; ¿en quién había de pensar? Pero esta noche, confuso y experimentando un encanto que participaba de angustia, pensaba en Dea como el hombre piensa en la mujer, y se lo reprochaba á sí mismo. Empezaba en él el sordo ataque del esposo, que es una grata é imperiosa impaciencia. Franqueaba la frontera invisible, en la que á la parte de acá se halla la virgen y á la de allá la mujer. Se preguntaba

á sí mismo con ansiedad y sentía lo que podemos llamar rubor interior. El Gwynplaine de los primeros años, creciendo misteriosa é inconscientemente, habíase transformado poco á poco; el antiguo y púdico adolescente estaba ya ahora mareado é inquieto. Tenemos el oído luminoso, al que nos habla el espíritu, y el oído de la obscuridad, al que nos habla el instinto. En el oído que amplifican voces ignoradas le hacían ofrecimientos. Por puro que sea el hombre joven que sueña en el amor, el espesor de la carne acaba siempre por interponerse entre los sueños y él. Las ideas pierden su transparencia. Lo inconfesable que pide la Naturaleza penetra en la conciencia. Gwynplaine sentía el apetito de la materia, del que nacen todas las tentaciones, y de él carecía Dea. En su fiebre, transfiguraba á Dea quizás por su parte peligrosa, tratando de exagerar su forma seráfica hasta hacerle tomar la forma femenina.

El amor llega á no querer demasiado paraíso; le es necesario la piel febricitante, la vida emocionada, el beso eléctrico é irreparable, los cabellos destrenzados, caricias con objeto. Lo sideral fatiga. Lo etéreo pasa. Exceso de cielo en el amor es exceso de combustible en el fuego; acrecienta la llama. El enamorado Gwynplaine pensaba en la mujer, oyendo dentro de sí este profundo grito de la Naturaleza. Como un Pigmalión del desvarío, modelando una Galatea en el azur, retocaba con temeridad en el fondo de su alma el contorno casto de Dea; contorno demasiado celeste y poco edénico, porque el edén es Eva, y Eva era una hembra, la madre carnal, la nodriza terrestre, el vientre sagrado de las generaciones, el pecho de leche inagotable, la mecedora del mundo recién nacido, y el seno excluye las alas. La virginidad es la esperanza de la maternidad. Hasta ahora, en la imaginación de Gwynplaine, Dea estaba muy alta y separada de la carne, y desde este instante probaba en su pensamiento á hacerla descender hasta allí, tirándole del hilo del sexo, que ata á la tierra á las doncellas. Dea, como las demás, estaba dentro de la ley general, y Gwynplaine, medio confesándosele á sí mismo de que

se sometiese á ella, tenía la vaga voluntad, y tenía esa voluntad casi á pesar suyo. Veía á Dea humanizada; concebía la idea, nueva para él, de que Dea fuese, no solo criatura de éxtasis, sino de voluptuosidad. Avergonzabase de esta usurpación visionaria, porque veía en ella algo de profanación, y la resistía; pero no podía vencer esta tentación, y volvía á pensar en ella, á pesar de creer que cometía un atentado contra el pudor. Dea estaba para él en una nube, y estremeciéndose, separaba la nube de ella, como le hubiera despojado la camisa. Era el mes de abril. La columna vertebral tiene sus desvaríos.

Daba Gwynplaine algunos pasos al acaso, con la distraída oscilación que da la soledad. No tener nadie alrededor ayuda á divagar. ¿A dónde iba á parar su imaginación? Quizá él mismo no se atrevía á confesárselo. Al hombre, en su estado, no se le debía llamar enamorado, sino poseído. Ser poseído por el diablo es la excepción: ser poseído por la mujer es la regla. Todos los hombres sufren esta enagenación. No hay mayor hechicera que una mujer hermosa. El verdadero amor debería llamarse cautividad.

El hombre queda prisionero en el alma de una mujer y en su carne; ciertas veces, más en la carne que en el alma: el alma es la novia y la carne la querida. Se calumnia al demonio, atribuyéndole la tentación de Eva, cuando fué Eva la que le tentó: la mujer le atrajo; Lucifer pasaba tranquilo, yió á la mujer y se trocó en Satán.

En estos instantes agitaba á Gwynplaine el espantoso amor de la superficie, y es terrible el momento en que se piense en la desnudez. Resbalarse hasta caer en la falta es posible entonces. ¿Qué obscuridades hay, tras la blancura de Venus!... Algo dentro de Gwynplaine llamaba á gritos á Dea, á Dea, doncella; á Dea, mitad del hombre; á Dea, carne y llama; á Dea, con la garganta desnuda. Casi hacía huir de ella al ángel. Experimentaba la crisis misteriosa que todo amor atraviesa, en la que el ideal pelagra.

El amor de Gwynplaine á Dea se transformaba en nupcial; el amor virginal sólo es una transición, y había llegado ya el momento en que Gwynplaine necesitaba

una mujer. Necesitaba una mujer, y afortunadamente para el monstruo, no podía tener otra que Dea; la única que él amaba, la única que podía quererle.

El que hubiera visto cómo andaba Gwynplaine le hubiera creído beodo, porque casi titubeaba al andar bajo el triple peso de su corazón, de la primavera y de la noche.

Reinaba intenso silencio en el *bowling-green*.

Gwynplaine paseaba con pasos lentos, la cabeza baja, las manos detrás de la espalda, cogiéndose la derecha con la izquierda y con los dedos abiertos. Súbitamente sintió que se deslizaba algo entre sus dedos y volvió la cabeza bruscamente.

Tenía un papel en las manos y delante de él un hombre; éste llegó hasta él con la precaución del gato y le colocó entre los dedos el papel, que era una carta.

Gwynplaine pudo ver, á la luz de las estrellas, que el hombre era pequeño, joven, grave, y que llevaba librea de color de fuego, visible por la abertura vertical de un largo capote gris. Llevaba una gorra carmesí semejante al birrete de cardenal, y un galón puesto en ella indicaba que era doméstico; sobre el birrete se elevaba un ramillete de plumas de tisserin.

Quedó inmóvil delante de Gwynplaine. Parecía la silueta de un sueño. Gwynplaine reconoció en él al *groom* de la Duquesa. Antes de que aquél pudiese proferir un grito de sorpresa, oyó la voz fría, infantil y femenina del *groom*, que le decía:

—Acudid mañana, á esta misma hora, á la entrada del puente de Londres. Yo estaré allí y os vendréis conmigo.

—¿Dónde?—interrogó Gwynplaine.

—Donde os esperan.

Gwynplaine bajó los ojos y miró maquinalmente la carta que tenía en la mano; cuando levantó la vista, el *groom* había ya desaparecido. Únicamente vió, á lo largo del campo de la feria, vaga forma oscura que huía rápidamente.

Gwynplaine contempló durante algunos segundos esa forma vaga hasta que la perdió de vista, y después se puso á mirar la carta. Momentos hay en la vida en los que lo que sucede parece que no suceda, y en los que el estupor nos mantiene á cierta distancia del hecho. Gwynplaine se acercó

la carta á los ojos con intención de leerla, y entonces advirtió que esto no era posible por dos razones: la primera, porque no la había abierto, y la segunda, porque era de noche. Pasaron bastantes minutos antes de que recordase que tenía encendida una linterna en la posada. Dió algunos pasos, pero de lado, como si no supiera por dónde iba. Así debe andar el sonámbulo al que un fantasma da una carta.

Al fin, decidiéndose, corrió hacia la po-

sada, se situó en el resplandor de la puerta entreabierta, y á dicha claridad miró una vez más la carta cerrada. No tenía marca alguna en el sello, y en el sobre sólo decía: «*Á Gwynplaine.*»

Rompió el sobre, desplegó la carta, la aproximó á la luz y leyó lo siguiente:

«Tú eres horrible y yo soy hermosa, tú eres histrión y yo soy Duquesa. Soy la primera y eres el último; por eso te desecho, te amo. Vén.»